

Luis SÁNCHEZ NAVARRO, Retorno al principio.  
La revelación del amor en la Sagrada Escritura,  
Monte Carmelo (Burgos 2010), pp. 17-26.

I

## El comienzo de un largo camino

La existencia del hombre recién creado va acompañada desde el principio por una bendición divina y un mandato: “Creced y multiplicaos y llenad la tierra” (Gn 1,28). La historia de la humanidad es el progresivo cumplirse de estas palabras, que según el plan de Dios se realizan mediante la unión de amor entre el hombre y la mujer. De todo ello da un testimonio luminoso y doliente a la vez el Antiguo Testamento.

Vamos a proceder en cuatro momentos. En primer lugar tratamos los tres primeros capítulos del Génesis, verdadero cimiento de toda la Escritura. A continuación comentaremos los principios legales que en la Antigua Alianza regulan la institución matrimonial. Después dedicaremos nuestra atención a la enseñanza de los profetas, y en último término abordaremos otros pasajes importantes del AT.

### 1. Los relatos fundamentales: Génesis 1–3

La Biblia comienza con un canto a la creación de Dios. Los capítulos 1 y 2 del Génesis contienen sendos relatos, distintos y complementarios, que transmiten una misma enseñanza: *el hom-*

*bre es el culmen de la creación.* Pero el hombre no es un ser aislado: es “macho y hembra” (Génesis 1), “hombre y mujer” (Génesis 2). Por último, el capítulo 3 nos narra la introducción de lo “antihumano” (el pecado) en la creación, y por tanto también en la unión hombre-mujer.

Antes de abordar estas páginas bíblicas, de gran trascendencia en la historia de la teología y del pensamiento occidental, notemos que el género literario de los primeros capítulos del Génesis no es histórico sino legendario. El autor bíblico no pretende por tanto narrar una historia; pero sí expresar una verdad que ha acontecido en la historia. Porque esta forma “mítica” de expresión se refiere a unos acontecimientos reales, es decir, verificados en la historia humana, aunque no sea posible precisar sus contornos exactos y por lo tanto no caiga bajo el dominio de la ciencia histórica; el Génesis los presenta de manera tal que podamos captar su esencia<sup>2</sup>. Juan Pablo II empleó para referirse a estas narraciones el sugerente concepto de “prehistoria teológica” (ver más adelante, p. 85).

### 1.A. *El principio: el amor humano en la creación (Génesis 1–2)*

Desde el punto de vista literario los dos relatos son muy diversos entre sí: mientras que el primero (Génesis 1) distribuye la obra creadora en seis días y reserva el séptimo para el descanso (*shabbat*) de Dios, el segundo (Génesis 2) carece de este esquema “litúrgico”. Mientras que el primero acaba con la creación del hombre, el segundo comienza con ella. Pero la doctrina antropológica sobre la supremacía del ser humano respecto del resto de la creación, sobre la igual dignidad entre hombre y

<sup>2</sup> “En sentido riguroso, no se puede llamarles mitos”: P. GRELLOT, *La pareja humana en la Sagrada Escritura* (Madrid 1963), 44. Porque en estos relatos faltan dos elementos principales del mito: no son una historia divina, sino humana; y no se desarrollan en el “tiempo primordial”, sino en el tiempo humano (ibid. 44-45).

mujer, y sobre su condición sexuada y por lo tanto destinada al mutuo complemento, es coincidente.

#### 1.A.i Génesis 1: imagen y semejanza

El primer relato (Gn 1,1–2,4a) presenta la creación de “el cielo y la tierra” (Gn 1,1) como obra de la Palabra soberana de Dios; diez veces leemos “Y dijo Dios...”<sup>3</sup>. Este hecho no es casual: la Biblia comienza con “diez palabras”, un “decálogo” creador. El Decálogo que se promulgará en el Sinaí (Éxodo 20; Deuteronomio 5) hunde sus raíces en esta palabra creadora de Dios, excluyendo así la arbitrariedad y el subjetivismo<sup>4</sup>.

Dios, simplemente, habla, y se realiza su Palabra: “Y así fue”. Hay sin embargo una palabra que destaca sobre las demás: la creación de hombre y mujer viene excepcionalmente precedida por una reflexión de Dios que introduce una idea nueva (Gn 1,26). De todas las demás criaturas se nos ha dicho que “vio Dios que eran buenas”; pero ninguna de ellas podría siquiera pretender ser “imagen y semejanza” del Creador. Su última obra, por tanto, va a ser radicalmente diversa de todo lo anterior. Veamos el texto:

Gn 1,26-28: Y dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza, y que dominen en los peces del mar y en las aves del cielo, y en las bestias y en todos los animales terrestres, y en todo reptil que reptará por la tierra”.<sup>27</sup> Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: “Cre-

<sup>3</sup> En hebreo, *wayyomer 'Elohim*. Gn 1,3.6.9.11.14.20.24.26.28.29. En Gn 1,28 nuestras traducciones no siempre reflejan esta expresión, que –a diferencia de las otras veces– no aparece al comienzo de la frase.

<sup>4</sup> La relación que establecerá Jesús entre el no adulterar (6º mandamiento del Decálogo) y la creación del hombre y la mujer (Génesis 1–2; Mateo 19 y Marcos 10) se apoya en este hecho primordial. Los mandatos del Señor descansan en su acción creadora.

ced y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla, y dominad sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre todo ser vivo que reptas sobre la tierra”.

Ya desde el momento de la creación queda claro que la condición sexuada del hombre forma parte esencial de su condición de “imagen y semejanza de Dios”; lo descubrimos en el paralelismo existente entre las dos últimas sentencias de Gn 1,27:

|                                     |          |
|-------------------------------------|----------|
| “Y creó Dios al hombre a su imagen: | (v. 27a) |
| <i>a imagen de Dios lo creó,</i>    | (v. 27b) |
| <i>macho y hembra los creó”.</i>    | (v. 27c) |

La afirmación fundamental (27a) es completada mediante las sentencias 27b y 27c, dispuestas en paralelo; este paralelismo es sinonímico en su 2º elemento (“lo[s] creó”), lo cual sugiere una relación semejante entre el primer elemento de ambas (“imagen de Dios”, “macho y hembra”). La diferencia sexual de hombre y mujer pertenece a su condición de *imago Dei*; esa diferencia, signo corporal de su vocación al amor, remite a quien es la fuente de todo amor. Por otro lado, es evidente que el hombre sólo subsiste en concreto como varón o como mujer, y en ambos casos es imagen de Dios. A esta pareja Dios la bendice, no sólo con la capacidad de crecer y multiplicarse (como a los animales: 1,22), sino también de dominar la tierra, es decir, de representar sobre ella a Dios (1,28); esto lo puede hacer porque es su “imagen y semejanza”.

Por otra parte, si comparamos este pasaje con otro del Génesis descubrimos un rasgo iluminador:

Gn 5,3: Tenía Adán 130 años cuando engendró un hijo *a su semejanza, según su imagen*, a quien puso por nombre Set.

Se nos dice que Set, el primer hijo que Dios concede a Adán tras la trágica historia de Caín y Abel, es engendrado a “imagen y semejanza” de Adán: nos hallamos por tanto ante una expresión

de la condición filial. Esto nos ayuda a comprender que según Génesis 1 la relación entre Dios y el ser humano apenas creado es de alguna forma equiparable a la filiación, y apunta hacia ella. En Cristo esta relación llegará a su plenitud.

Notemos finalmente que la creación está gobernada por la Sabiduría divina, tal como manifiesta la tradición sapiencial del AT que habla de la sabiduría de Dios como el pórtico de su obra creadora:

Pr 8,22: [Habla la Sabiduría] El Señor me creó, primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas.

Sb 9,9: Contigo está la Sabiduría que conoce tus obras, que estaba presente cuando hacías el mundo, que sabe qué es agradable a tus ojos y qué es recto según tus mandamientos.

Desde el comienzo de la Escritura la creación aparece por tanto como el sacramento de la sabiduría de Dios; en ella va a encontrar el hombre los caminos que lo orientan a cumplir su voluntad. Y más concretamente, el hombre y la mujer van a poder descubrir en sus propios cuerpos sexuados, imagen y semejanza de Dios, esa instrucción valiosísima.

### 1.A.ii Génesis 2: una sola carne

Ya hemos comentado cómo en los primeros capítulos del Génesis tenemos dos relatos de la creación, distintos pero complementarios a la vez. Así, el segundo relato (Gn 2,4b-25) funciona como una continuación del primero, ya que retoma el momento de la creación del hombre y la mujer en el capítulo anterior (Gn 1,27) y lo desarrolla. Tras crear al hombre del barro de la tierra y del soplo de su aliento Dios lo coloca en el Paraíso, recién creado para él (Gn 2,7-8); a continuación lo llena de plantas y animales, y encomienda a Adán la tarea de labrar y cuidar ese jardín (2,9-15). Pero estas criaturas no suponen una *ayuda adecuada* como la que Adán necesita (Gn 2,18); tampoco en los animales,

a los que pone nombre como signo de su dominio sobre ellos, encuentra semejante ayuda (2,19-20). Sólo la hallará cuando Dios cree de su propia costilla a la mujer. Con un carácter más existencial que Génesis 1, todo el relato gira en torno a la semejanza entre hombre y mujer, que son radicalmente diversos de los demás seres vivientes. "No es bueno que el hombre esté solo", había sentenciado Dios (Gn 2,18); poco después la soledad original del hombre se ve finalmente resuelta mediante una nueva intervención creadora de Dios:

Gn 2,21-23: Entonces el Señor Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. <sup>22</sup> De la costilla que el Señor Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. <sup>23</sup> Entonces éste exclamó: "Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada".

Las primeras palabras humanas que recoge la Biblia son la exclamación admirada del varón al contemplar a la mujer y descubrir en ella su misma humanidad (2,23a). Ese lazo estrechísimo que los une en una misma esencia se manifiesta en los nombres hebreos, que conforman un juego de palabras intraducible: "Ésta se llamará mujer [*isshah*] porque del hombre [*ish*] fue tomada" (2,23b). Hombre y mujer poseen una misma dignidad. Más tarde dirá el libro del Sirácida, aludiendo a Gn 2,18:

Sir 36,24-25: El que consigue una mujer, empieza a hacer fortuna, una ayuda semejante a él y columna de descanso. Donde no hay valla, la propiedad es saqueada; donde no hay mujer, el hombre gime a la deriva.

La mujer representa para el hombre un extraordinario don gratuito de Dios; Adán no puede reprimir su gozoso y agradecido asombro ante semejante obra divina. Y ese don es de tal catego-

ría, que lo atrae irresistiblemente. Por eso el narrador concluye con unas palabras que condensan la enseñanza del episodio:

Gn 2,24: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne.

Dios ha creado a hombre y mujer para que se unan y lleguen a ser en su cuerpo y su alma "una sola carne", *una caro*; sólo entonces culmina la obra del Creador. Mas para ello es necesario abandonar "padre y madre"; con esta expresión generalizadora (que por motivos obvios no se puede aplicar a Adán) el Génesis designa de forma sintética todo aquello que constituye la vida familiar del hombre previa a su unión con la mujer. El testimonio global del Antiguo Testamento invita a entender simbólicamente estas palabras, de gran fuerza expresiva<sup>5</sup>. No imponen un abandono en sentido estricto, sino que apuntan a una mudanza existencial: cambia el amor prioritario del hombre, que ahora se dirige a la persona amada<sup>6</sup>.

La expresión "una sola carne" es única en el Antiguo Testamento; el "ser de la misma carne" designa un parentesco cercano, en grado diverso (cf. Gn 29,14; 37,27), pero sólo en Gn 2,24 se afirma una relación tan estrecha que dos personas lleguen a formar "una sola" carne. El matrimonio, que implica la unión física de los cónyuges, consiste en su unión total, que da lugar a una nueva realidad humana unitaria. Es de notar que esta unión se describe en términos de alianza: los verbos "abandonar" (hebreo *'āzab*) y "unirse" (*dābaq*) son términos usados normalmente en contexto de Alianza, e indican su ruptura (por ejemplo, en Dt 28,20; Os 4,10) o la fidelidad a la misma. Mediante la poderosa

<sup>5</sup> Si este abandono se realizara de forma literal, podría provocar a los padres una tristeza mortal; cf. Gn 44,22: '...no podrá el muchacho abandonar a su padre; si abandona a su padre, éste morirá'.

<sup>6</sup> Sin olvidar a la familia de ésta, tal y como veremos a propósito de las historias de Rut y de Tobías (p. 54).

metáfora de la "única carne" se expresan por tanto de forma plástica las dos propiedades fundamentales del matrimonio: exclusividad e indisolubilidad. Quienes han llegado a ser "una sola carne" no admiten, ni la intromisión de un tercero, ni la mutua "amputación". Finalmente, en esta expresión está implícita también la fecundidad (contenido de la bendición de Dios en Gn 1,28): en su descendencia, "el hijo", hombre y mujer llegan a generar de forma radicalmente nueva "una sola carne".

Hombre y mujer viven esta relación en profunda armonía, tal como revela el versículo final del capítulo: "Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban" (2,25). Su desnudez no es vista como un objeto capaz de saciar un deseo desordenado, sino como una llamada a la comunión. *Eros* y *agape* confluyen armónicamente en su amor.

### 1.A.iii Génesis 1-2: conclusión

Estos dos relatos, distintos en la forma y coincidentes en el fondo, contienen una luminosa enseñanza acerca de la unión entre el hombre y la mujer, llamados a la fecundidad (1,28) y a una exclusiva y definitiva comunión de afecto (2,24). Ambos elementos son esenciales en la revelación genesiaca del amor sponsal. Notemos que, a diferencia de otras culturas orientales antiguas, el Génesis nos presenta en los orígenes un arquetipo matrimonial *humano*, no divino: no son dos dioses que se unen, sino dos seres humanos. Tenemos por tanto un arquetipo histórico, no mítico. Pero dado que su unión responde a la voluntad creadora de Dios, Adán y Eva quedan establecidos como arquetipo humano, como modelo permanente para todas las generaciones: una luz para la vivencia humana del matrimonio<sup>7</sup>. De hecho los grandes relatos matrimoniales de la Escritura remiten a esta unión<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Ver GRELOT, *La pareja humana*, 47.

<sup>8</sup> Cf. ALONSO SCHÖKE, *Símbolos matrimoniales*, 242-244: "La pareja primordial".

Después del examen de estas narraciones que están en "el principio" de la Escritura de Israel, y en las que la unión entre hombre y mujer representa el punto culminante al que tiende la entera creación de Dios, ¿es posible concebir una realidad creada más excelsa que el matrimonio?

### 1.B. Génesis 3: el matrimonio herido por el pecado

El amor entre hombre y mujer, realidad hondamente arraigada en su corazón, sufrirá por ello de forma particularmente intensa el desgarramiento de la culpa original. Génesis 3, continuación del segundo relato de la creación (que comienza en Gn 2,4b), muestra el drama del pecado dentro de la primera pareja humana; la desconfianza hacia la Palabra de vida del Señor ha hecho germinar la desconfianza también entre los esposos, minando la relación entre ellos. La mujer, en lugar de ayuda leal, ha sido tentadora para el hombre (Gn 3,6); dirá más tarde el Sirácida, interpretando este momento: "Por la mujer fue el comienzo del pecado, y por causa de ella morimos todos" (Sir 25,24). Los que antes, desnudos, "no se avergonzaban uno del otro" (Gn 2,25), privados ahora de su armonía interior se dan cuenta de que "están desnudos" (3,7). Empiezan a percibir dentro de sí el desorden que les hace ver en el otro, no ya una persona a la que amar y entregarse, sino un objeto capaz de satisfacer los propios deseos: tal como rubrica la sentencia de Dios dirigida a la mujer, "hacia tu marido irá tu apetencia" (3,16). Simultáneamente se introduce el dominio del hombre sobre la mujer, algo contrario a su idéntica dignidad original: "Él te dominará" (3,16). Y es que el pecado los ha dividido: el que antes había visto en ella "carne de su carne" (cf. 2,23), ahora la acusa: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y comí" (3,12). Adán, al acusar a la mujer que el Señor le había dado como compañera, culpa osadamente a Dios mismo de haber hecho posible su pecado. Sin embargo el Señor no abandona a su criatura, a pe-

sar de que su imagen y semejanza haya quedado distorsionada en ellos: solemnemente promete que la descendencia de la mujer pisoteará la cabeza de la serpiente tentadora, vencéndola (3, 15). Es la primera gran promesa de Dios en la Sagrada Escritura.

En la humanidad caída la vida continuará. La mujer recibe el nombre de Eva, "por ser ella la madre de todos los vivientes" (Gn 3,20); en hebreo *ḥawwāh* (= Eva) deriva de la raíz que significa "vivir". Pese a ello, en adelante la historia humana se presenta como un continuo proliferar del pecado; en este marco encuadra la Sagrada Escritura las realizaciones del matrimonio, a menudo defectuosas, que nos presenta. Sin embargo los relatos de la creación constituyen una referencia constante: las alusiones a Génesis 1-2 reaparecen en momentos clave como una luz que manifiesta la voluntad de Dios sobre la unión entre el hombre y la mujer. La larga historia bíblica representa el fatigoso camino de retorno hacia esta felicidad original: hacia el "principio".